

Daniel Carazo Sebastián

Cuando leer es delito

Los libros de Lola

© Daniel Carazo Sebastián

©Petit Camagroc, S.L.U.
Calle Doctor Trueta, 19, entresuelo 2ª
08860 Castelldefels (Barcelona)

©Diseño gráfico: underthecoconut
(info@underthecoconut.com)

©Fotografía de portada: Chaman Experience (Shutterstock)

—

Primera edición: febrero de 2023

Depósito legal: B-3796-2023

ISBN: 978-84-126600-1-2

Toda forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo la excepción prevista por la ley. Diríjase al editor si necesita fotocopiar o digitalizar algún fragmento de esta obra.

www.loslibrosdelola.es

El papel de este libro proviene de bosques gestionados de manera sostenible.

Impreso en Ulzama Digital, S.L.

*A mi padre.
Siguiendo sus pasos, he llegado hasta aquí.*

1

Madrid

Hans Schäfer baja precipitadamente las escaleras de acceso a la Estación del metro; no suele ir deprisa por la vida, pero este día está algo nervioso. Ya dentro de las instalaciones del suburbano, protegido de la lluvia con la que nuevamente ha despertado Madrid, sacude sus rubios rizos y se quita las gafas para limpiar las molestas gotas de agua que han quedado pegadas a los cristales, no soporta tener que mirar a través de ellas. Aunque está acostumbrado al clima continental de su Bruselas natal, desde que vive en España nunca había tenido esa sensación constante de humedad y frío que le acompaña desde hace días, tal es la racha de mal tiempo que está padeciendo la ciudad ese otoño del año dos mil cuarenta.

Vuelve a acomodarse las lentes y mira con disimulo hacia los lados, en parte para ver si ha mojado a alguien al sacudir su melena, pero sobre todo para comprobar si por suerte coincide con ella, pues ese es también el motivo de su urgencia. Al no verla por allí, continúa su camino hacia el andén con la ilusión de que llegue por detrás de él y pueda abordarla antes de que se suba al tren. Desciende hasta el nivel de las vías y se coloca al lado derecho de las escaleras mecánicas y, a diferencia del resto de transeúntes, no corre cuando escucha como llega un convoy y prefiere esperar a que se suban esos que le adelantan veloces y molestos por su pasividad. Si esta mañana ella se le ha adelantado y va en el tren que está a punto de marchar, será una cuestión de mala suerte y tendrá que posponer su plan, pero para ejecutarlo tranquilo prefiere arriesgarse y esperar al siguiente viaje: si todo va bien, podrá estar allí antes que ella y dispondrá de cuatro o cinco minutos para lanzar el juego de señales que tiene planeado proponerle. Esa es su intención.

Se sorprende cuando por fin accede al andén y descubre que ella está allí, fiel a su rutina de cada mañana pero sin haber subido al tren que

se acaba de ir. Al haberse vaciado la estación de gente, la chica se ha quedado sola, de pie, en un extremo donde puede permanecer alejada del resto de viajeros que van llegando junto al belga y que, cual predecibles integrantes de un rebaño, se quedan arremolinados en la misma desembocadura del corto pasillo donde terminan las escaleras mecánicas. Como siempre que la ve, Hans comprueba que está concentrada en la pantalla de un viejo iPad más propio de principios de siglo que de la actualidad, aparentemente ajena a todo lo que la rodea. A pesar de la extrañeza que le genera el que, habiendo llegado antes que él, no se haya subido al tren anterior; decide no distraerse con conjeturas y concentrarse en el objetivo que se ha marcado esa mañana al salir de casa. La tiene donde él quería, y debe aprovechar la situación.

Andando despacio se acerca a la joven. Mientras lo hace, el belga disfruta mirando su cuerpo delgado, sus vaqueros gastados, su cazadora de cuero y sobre todo ese flequillo negro que usa hábilmente para mantener ocultos unos ojos que él sabe del mismo color y que ella se empeña en esconder. Su vestimenta habitual solo se acompaña con una vieja bolsa de tela verde de la que tampoco se separa jamás y, a pesar de la incesante lluvia de los últimos días, no porta paraguas ni gorro que la proteja; es verdad que el pelo liso y corto no se le altera demasiado con la humedad y siempre lo lleva caído —que no peinado— hacia el lado derecho de su cara, consiguiendo de esa manera ocultar sus ojos y transmitir ese aire ausente que seguro busca conseguir.

Sin mucho disimulo, el belga continúa aproximándose. Ella hace como que no lo ve, aunque él sabe que no es así; está seguro de que es plenamente consciente de su presencia desde que ha accedido al andén. Fiel a su empeño, Hans llega hasta el banco más cercano a la chica y se sienta. Hace tiempo que se siente atraído por ella y está buscando una oportunidad para entablar conversación, pero nunca se ha atrevido a decirle nada más allá de los educados saludos como vecinos que son. Ella, a decir verdad, tampoco se lo pone muy fácil. Él tiene la sensación de que es cuestión de que uno de los dos se decida a romper esa barrera invisible que los separa para que, por fin, puedan conocerse mejor, y eso es lo que pretende provocar.

Hans aprovecha los minutos de espera hasta la llegada del siguiente tren para observarla sin ocultarse, preguntándose cómo es posible que alguien tan diferente a él le atraiga de esa manera y le empuje a hacer lo que ya es inevitable. Desde que vive en España ha tenido varias relaciones, todas ellas superfluas y con compañeras de estudios con un estatus social teóricamente más apropiado para él —así lo afirmaban sus padres—, pero con ninguna de ellas ha llegado a sentir algo más que cariño y simpatía, y ninguna percepción de querer labrar un futuro en común. Cuando se mudó a vivir a su actual piso y vio por primera vez a su huraña vecina fue cuando sintió lo que llaman un *flechazo* y, desde entonces, ya no ha podido dejar de fijarse en ella. No es su tipo, ni comparten precisamente el carácter sociable que Hans ha heredado de su padre, pero tiene algo que le atrae de una manera visceral, fuera de toda lógica, y que le hace intentar una y otra vez que ella se fije en él y le dé la oportunidad de conocerla; solo eso, el tiempo ya dirá si está equivocado en su empeño, o la química hará de las suyas para que lleguen a establecer una relación.

Ella, aun sabiéndose observada, se esfuerza por mantener la vista en la pantalla digital del iPad, aparenta estar absorta en lo que el dispositivo le esté contando... así pasa a ser una más entre el resto de viajeros que, mientras esperan en el andén, permanecen de pie, sin levantar sus miradas de los diferentes dispositivos electrónicos que llevan en las manos, despreocupados de cualquier cosa que pueda suceder a su alrededor. En ese andén, Hans es el único que rompe tal monotonía: mantiene la mirada en alto, fija en su vecina. Se está armando de valor para ejecutar su plan y, aunque sabe que su próxima acción no está permitida por las autoridades, cree que con ella conseguirá llamar por fin la atención de la joven, que al menos levantará por un momento la mirada del iPad y la fijará directamente en él.

El belga deja su mochila en el suelo, arrepintiéndose nada más hacerlo ya que el cuero se empapa al instante con el charco que él mismo ha dejado a sus pies. Se lamenta por haber estropeado algo que le gusta tanto pero nuevamente hace un esfuerzo mental para no distraerse y aprovechar la situación que ha conseguido generar. Mirando a lo largo

de todo el andén comprueba que no hay ningún vigilante a la vista y se decide para extraer de la empapada mochila el viejo ejemplar de la novela de Lorenzo Silva que había mantenido oculta en su casa desde que, por casualidad, lo encontró entre unas pertenencias que había olvidado su madre en uno de los primeros viajes que hizo para visitar a su hijo. En el actual momento político de España el gobierno mantiene la prohibición de la lectura de libros en papel; es consciente del riesgo que conlleva mostrarse con un libro: cualquiera de las personas que están allí presentes —siempre que levante la vista de su pantalla, claro— podría denunciarle; pero igualmente sabe —o cree saber— que a su vecina le gustan esos libros, los de toda la vida, los publicados en papel como antes se hacía habitualmente, y no los electrónicos, los únicos permitidos por el poder político actual —el cual, y también a diferencia de hace años, comparte al mismo tiempo el poder legislativo y el ejecutivo, es decir el poder total—. Intenta disimular el temblor del pulso que se le ha desencadenado debido al estrés de su atrevimiento y baja la cabeza como si se dispusiera a leer un capítulo de la novela, aunque lo que realmente está haciendo es mirar con disimulo la reacción de la chica, la cual no le defrauda: levanta la mirada del iPad, se gira hacia él, observa alarmada su atrevimiento y acto seguido, preocupada, busca entre los viajeros si alguno más se ha fijado en tamaña imprudencia. Hans siente cierto orgullo al comprobar cómo su vecina se preocupa por él y por eso se anima a seguir simulando la lectura de la obra como si le diera igual lo que supone hacer eso en un sitio público. Cuando ella confirma que nadie más de los allí presentes se ha dado cuenta de la aparición de un libro en papel, vuelve la cabeza hacia Hans. Ese fugaz momento coincide con una de las disimuladas miradas que lanza el belga para comprobar si ella sigue pendiente de él y sirve para que hagan un cruce de miradas; los verdes ojos del belga quedan atrapados por el negro de los de la española; es solo un instante, pero lo suficientemente largo para que él se sienta satisfecho y sepa que su atrevimiento ha merecido la pena: por el brillo que percibe en sus ojos queda claro que a ella le ha gustado su acción y no puede disimular ese destello de admiración que le llega a Hans hinchándole de orgullo y esperanza.

Pero la magia dura poco. Ella enseguida vuelve a tornar sus ojos hacia el iPad, y justo en ese momento el siguiente tren irrumpe estruendoso en la estación. Parece que nadie más se haya percatado de nada; de hecho, ningún viajero ha distraído la atención de su respectivo dispositivo electrónico. El tren se detiene, se abren automáticamente las puertas de los vagones y ella, como si nada, entra en el que le queda justo enfrente, sin preocuparse de si Hans va a hacer lo mismo o no. A él le molesta un poco esa actitud, ansiaba alguna respuesta más explícita a su atrevimiento y, al no recibirla, ya lanzado, accede al mismo vagón. Sin preocuparse mucho por lo que pueda pasar, mantiene la novela entre las manos, sin mostrarla a los cuatro vientos, pero sin ocultarla, asegurándose de que al menos ella pueda verla. Está empeñado en hacerse meritorio de su atención y sabe que puede lograrlo demostrándole que a él también le gustan esos libros prohibidos que una vez, y por casualidad, descubrió que ella consume en las horas del alba, sola en su casa, cuando supuestamente todos los vecinos de la finca duermen. Todos menos él, que un día tuvo suerte de verla, a través del patio de luces, leyendo sentada en la cocina.

Para desgracia de Hans, el viaje hasta la estación de Diego de León, destino en el que ella siempre se apea, transcurre sin novedad, compartiendo los dos vagón y sensaciones pero sin ninguna comunicación. El belga, algo desanimado ante la frialdad de su vecina, guarda el libro un par de estaciones antes de llegar al final del trayecto en común y, hundiendo la cabeza entre los hombros, se pierde en sus pensamientos; quiere entender qué ha fallado, por qué mostrarle el libro no ha sido motivo suficiente para que ella reaccionase y se acercara a él. Cualquiera que lo hubiera visto podría haberlo denunciado y podrían haberlo detenido incluso dentro del mismo vagón. Ese valor que ha mostrado merecía una respuesta.

Las puertas del vagón se abren y la masa de gente, nuevamente apresurada, lo abandona sin dejar entrar a los que están esperando para hacerlo. La chica es una de las primeras en bajarse. Para hacerlo pasa al lado de Hans e incluso choca con él; este, ya molesto, rehúsa seguirla y espera a dejar el vagón entre los últimos pasajeros. Cuando pisa el andén la multi-

tud ya lo está abandonando, y se ve prácticamente solo en el peregrinaje hacia la salida. Echa a andar despacio, pues realmente él no tiene nada que hacer allí; la única finalidad de su viaje era acceder a su vecina y no lo ha conseguido, pero ya que está en ese barrio de Madrid decide aprovechar y calmar sus penas dando un paseo por el cercano parque de El Retiro, para airear así las malas sensaciones que le ha dejado el negativo resultado de su plan. Cuando se enfrenta al largo pasillo que tiene que recorrer para salir a la calle observa cómo desaparecen al fondo, por delante de él, los demás viajeros, y Hans lo anda solo, con la única compañía de un músico callejero que, a mitad del recorrido, imita a Joaquín Sabina, el legendario cantautor del siglo pasado; el empecinado músico, a pesar de haberse quedado sin público, continúa dándolo todo en su actuación. El belga conoce la canción por la influencia recibida de su madre, española, pero duda mucho de que ese género se pueda aplaudir lo suficiente a esas horas de la mañana y con escasos segundos de escucha.

Al pasar por delante del artista se detiene conmovido por las ganas que demuestra de hacer bien su trabajo y saca el teléfono móvil para hacerle un bizum al número que indica el cartel a sus pies. Está distraído, tecleando en su dispositivo, cuando dos agentes de seguridad del suburbano aparecen como por arte de magia a sus espaldas. Se detiene la música, y su artífice, a una señal de los vigilantes, recoge apresuradamente sus pertenencias para salir corriendo de allí, evitando verse implicado en lo que está a punto de ocurrir. Los nuevos viajeros que van entrando al pasillo, provenientes del extremo que los trae desde la calle, detienen su avance y miran con curiosidad esa escena de un par de autoridades detrás de un joven extranjero y que promete expectación. Una mano fuerte e imperativa en el hombro de Hans le hace levantar la vista de la pantalla de su teléfono y girarse para encontrarse con la dura y hostil mirada de uno de los vigilantes.

—¡Vamos! Sígueme... Y sin dar problemas, ¡eh! —le dice quien le sujeta fuertemente del hombro.

Hans mira a su alrededor buscando a alguien que sea el verdadero receptor de la orden, porque él no es consciente de haber hecho nada malo.

—¿Perdón? —acierta a decir—. ¿Se refiere a mí?

—No, se lo digo a mi compañero... ¡No te jode!

Siguiendo con su mirada la huida del músico por el pasillo, el joven es consciente entonces del público que se está agolpando pendiente de él.

—¡Vamos te digo, coño! —insiste el vigilante, impaciente—. ¡Que esto no es un circo!

—Pero...

A Hans no le da tiempo a seguir hablando. Un empujón del otro vigilante, más bajito y algo obeso, le obliga a andar delante de ellos hacia la misma salida a la que se dirigía antes de pararse frente al músico, e inevitablemente hacia la masa de gente que lo observa. Por un momento, en el pasillo solo suenan sus pasos y los de los vigilantes hasta que, cuando sobrepasan la zona de viajeros expectantes, es como si alguien hubiera dado la orden de poder hablar y volver a moverse, porque todos empiezan a andar: de nuevo se oye el sonido cansino de los pasos matutinos y las voces de las escasas conversaciones de quienes, en vez de ir escuchando algún audio con sus auriculares, se dedican a comentar distraídamente el extraño y poco excitante suceso que acaban de presenciar.

Cuando el curioso trío deja atrás a los últimos viajeros con los que se cruzan, Hans tiene la impresión de ver a su vecina mirándole desde lejos, al pie de una de las escaleras mecánicas de subida al nivel de la calle. Estira el cuello para comprobar si es ella, pero solo alcanza a ver cómo la joven se da la vuelta y sube apresuradamente dichas escaleras hasta desaparecer de su campo visual; no alcanza a observar más porque uno de sus captores, el más alto, merma su intento dándole una colleja que le obliga a bajar la cabeza.

—¡Venga, chaval!, deja de mirar a las chicas y preocúpate por ti, que me da que te has metido en un buen lío.

Callado, aguanta el trayecto hasta la correspondiente salita de seguridad que desde hace unos años se instaló en todas las estaciones del metro. El vigilante más obeso saca una tarjeta magnética, abre la puerta de la estancia y empuja al belga hacia el interior: una habitación pequeña, de decoración austera por decir algo, ya que solo se adorna

con una mesa metálica y tres sillas de plástico colocadas a su alrededor; el olor a humedad y cerrado le hace darse cuenta de la lógica ausencia de ventanas. Hacen que se siente en la silla que está de espaldas a la puerta y, mirándole con hastío, le dicen:

—Te toca esperar, campeón, que todavía no han llegado.

Hans se imagina que alguien que le ha visto sacar el libro le habrá denunciado, no puede ser otra cosa. No sabe exactamente qué consecuencias tienen esas denuncias, pero decide que debe salir de allí antes de que llegue quien sea el que lo tenga que hacer, por eso, forzando una de sus infalibles sonrisas, se anima a preguntar:

—¿No cree que podríamos solucionar esto de alguna manera?

—¿Solucionar? —la cara del vigilante expresa sorpresa.

—Imagino que es por lo del libro... verá... yo... es por una chica, ¿sabe? No tiene ninguna importancia, y encima no me ha servido para nada. ¡No me ha hecho ni caso!

Los dos agentes de la autoridad se miran y sonríen a la vez, pero no dicen nada, parecen dispuestos a divertirse mientras esperan a quien sea.

El belga duda del siguiente paso a dar para intentar que la situación quede en una anécdota. Vuelve a repasar su mañana y no encuentra ningún otro motivo por el que hayan podido detenerle. Su única oportunidad pasa por seguir hablando:

—Si quieren, yo se lo entrego ahora mismo y prometo no volver a hacerlo. Es un libro viejo que encontré ni me acuerdo de dónde, y ya les digo, quería llamar la atención de...

Mientras se excusa, y para mostrar la sinceridad de sus buenas intenciones, busca el ejemplar de la novela de Lorenzo Silva que había guardado en la mochila, pero se sorprende al no encontrarla dentro. Esa situación le enmudece y le obliga a centrar toda su atención en revolver el interior de la mochila. Los dos agentes perciben su turbación y, el más cercano a él, quizá temeroso de que hayan detenido a alguien sin motivo alguno, le quita la bolsa y con brusquedad vuelca su contenido sobre la mesa. Las llaves, el iPad, la documentación y una botellita térmica de agua provocan en su caída un ruido tremendo para el silencio de la estancia; el libro, efectivamente, no aparece.

—¡Joder! —exclama el vigilante mientras mira el interior de la mochila comprobando que no tenga compartimentos internos—. ¡Aquí no hay nada!

—¿Qué dices? —interviene su compañero al tiempo que le arrebató la bolsa y repite la acción del primero, esta vez sin que caiga nada más sobre la mesa.

Los dos se giran a la vez hacia Hans quien, guardando un prudente silencio, parece más sorprendido que ellos.

—¿Dónde lo has tirado, cabroncete? —le dice el más fuerte, acercándose tanto al rostro del belga que este casi puede saborear el café con churros que ha desayunado por la mañana.

Sin darle tiempo a contestar, el más obeso interviene algo más pacificador:

—Igual se han vuelto a equivocar, Radomir, que había mucha gente en el vagón.

El tal Radomir, separando por fin su rostro del de Hans, extrae su teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta y, tocando un icono de la pantalla, deja que se reproduzca en alto el mensaje de audio que ha provocado la detención: «Es un joven alto, delgado, pelo rubio muy rizado, gafitas redondas de intelectual, lleva una mochila de cuero marrón, gabardina y pantalones vaqueros gastados. Se ha bajado en el andén de Diego de León. Vamos yendo hacia allí».

Mira molesto a su compañero y encogiéndose de hombros dice:

—Ellos sabrán.

Salen los dos de la estancia y dejan a Hans allí solo, sin darle más explicaciones ni opción a seguir negociando su libertad.

